

término primero en la evolución religiosa, debe llamarse al animismo el término segundo. Así como entendemos por fetichismo una especie de culto material á los ídolos siempre corpóreos, entendemos por animismo el culto espiritual á las almas desprendidas del cuerpo y colocadas por la viva fe allá en mundos invisibles. Apenas el hombre concibe la idea de un sér superior cuando une á esta idea otra que le parece correlativa con ella, la inmortalidad y perennidad sacras de su íntimo sér interior. Lo mismo el celta en los primitivos tiempos de la historia europea que el indio americano inventado tan tarde, lo mismo uno que otro, á pesar de hallarse tan separados en el tiempo y en el espacio, sobre los dolmenes tintos en sangre y sobre los ídolos adorados con tan excesivas supersticiones, oyen la voz de sus padres muertos en el susurro de los follajes y en el bramido de los vientos. Y si esto es verdad certificada por la historia de todos los pueblos primitivos, también es verdad que ninguno llegó á constituir un culto á sus abuelos como el culto imaginado por los chinos. Penetrad en cualquiera de aquellas habitaciones, y después de haberlas visto, quedará siempre un lugar apartado, un sitio recóndito, un santuario donde se guarda para todos los que componen la familia cierto vínculo espiritual que une los vivos con los muertos. Y

este vínculo espiritual, bien examinado, resulta la especie de mostrador conocido con el nombre de altar, donde cuelgan, ora en tablillas de madera oliente, ora en hojas de litúrgico árbol, el nombre de los predecesores, con la indicación, así de su nacimiento como de su muerte, y el resumen y compendio de los hechos que han acometido en su vida y que forman como el tejido maravilloso de su historia. Por esta especie de institución verdaderamente singular, cada chino sabe todo cuanto los suyos hicieran en la vida, y su propio sér no se reduce á lo presente, como el sér de los animales, sino que sube á lo pasado y entra por una especie de maravillosa recordación, guardada en fórmulas que todos aprenden de memoria, dentro de un hogar convertido así en cementerio de los cuerpos y cielo de las almas, que funda y establece á perpetuidad íntimas y saludables comunicaciones entre aquellos que se han ido del mundo y aquellos que al mundo volverán.

No puede negarse que la concepción de la Virgen Madre, adorada por los indios, presta un gran carácter á la mujer aria; y no puede negarse que la concepción del culto de los progenitores presta un gran carácter á la familia china. Todos esos tipos de mujer encontrados en los recuerdos indios, lo mismo en su poesía épica que en su poesía dramá-

tica, todos se deben á la trascendental idea contenida en la estirpe y jerarquía de sus diosas, las cuales llevan como una especie de llama en sus frentes, que irradian calor espiritual, y con el calor espiritual dan vida indudable á ciertos prototipos extraordinarios de mujeres. Pues bien; dos instituciones de China, la una general ó política, la otra particular ó doméstica, sirven para explicarnos el culto de los chinos á la tradición y á la costumbre. La una institución es el tribunal de los historiadores, que desempeña una especie de ministerio judicial y desempeña una especie de juicio para decretar coronas ó anatemas á los muertos. Y la otra institución es aquesta, el culto á los antepasados, en la cual vemos persistir y perdurar por siglos de siglos vinculado en las generaciones, que anima y sostiene con su virtud el espíritu inmortal de una familia. Dentro del hogar chino, los difuntos y los vivos confunden tanto sus creencias como su historia, y las generaciones subsiguientes quieren perpetuar á las generaciones pasadas, confundándose así unas y otras en comunión espiritual y corporal, que habrá de operar sobre todas las ideas y habrá de trascender á todos los tiempos. Indudablemente la permanencia de los afectos, el culto á los recuerdos, las grandes aspiraciones á lo porvenir, el amor á lo ideal, constituyen la superioridad evidente del

hombre sobre las especies inferiores. Y una familia que se asocia con tanta espiritualidad á las generaciones muertas, recibiendo de todas ellas, no meros auxilios materiales, sino la inmaterial asistencia de sus ideas y de sus recuerdos, tiene por fuerza una virtualidad que no podríamos reconocer en familias desligadas de lo pasado y reducidas á vivir la vida de un día en lo presente. Donde quiera que se hallen instituciones así, aunque no hayan producido todos los efectos que podrían esperarse de su virtualidad intrínseca, debemos alabarlas, pues ignoramos qué hubieran sido en el tiempo y en el espacio los pueblos á quienes sirvieran de no haberlas alguna vez tenido.

Así es que la mujer cuyo nombre colocamos al frente de todas estas consideraciones acerca de las mujeres chinas, ha tenido, en verdad, otros ejemplares en aquella historia. No es poco notable la mujer en torno de la cual aquella fantasía del pueblo ha urdido la leyenda tradicional del nacimiento de Confucio. Yenché se llama esta mujer, hija menor de un altísimo jefe, casada con mandarín muy entrado en edad y llena por el cielo con la plenitud de todos los dones imaginables. Por su matrimonio con un viejo creyó no tener descendencia. Y, sin embargo, misteriosos avisos, engendrados por sobrenaturales presentimientos, le decían cómo ha-

bíanla destinado los cielos á engendrar un sér supremo. En efecto, después de mucho aguardar, como viera que no aparecía en sus entrañas el deseado, emprendió piadosa peregrinación á monte sacratísimo, y tras esta peregrinación sintióse madre. Durante su embarazo, visitóla varias veces el *ki-liu*, cuadrúpedo sobrenatural y maravilloso, conocido en China por nuncio de buenos augurios. Este cuadrúpedo llevaba una piedra preciosa en los dientes, de tal modo apretados, que nadie podía quitársela. Intentáronlo así una y otra vez los domésticos de Yenche y no pudieron conseguirlo. Pero en cuanto la joven embarazada se dirigió á él, depositó en sus manos la piedra finísima, desapareciendo como quien cumple un cometido misterioso y oye un mandato celestial. En efecto, recogida la piedra de aquella boca, leyóse una inscripción que decía: «tendrás un hijo, puro como el cristal, y le verás de ilustre dominador sin tener en el mundo ningún dominio.» En efecto, la joven se dirigió á su padre y le dijo cómo sentía en su seno las palpitations de un sér tan extraordinario, que, sin llevar corona ni tener reino material ninguno, dominaría sobre las almas. Y, en efecto, á los nueve meses nació Confucio, no monarca ciertamente, simple ciudadano, el cual, por haber sabido con sobrehumano acierto dictar leyes morales á su pue-

blo, alcanzó un culto que dura veinticinco siglos y que lo coloca entre las más altas eminencias del humano linaje. Invocamos la historia de tal mujer para que pueda verse cómo los chinos jamás creyeron que nacieran grandes hombres si no los engendraban puras y cuasi divinas mujeres.

